

Recuerdo de

José Agustín Goytisolo

José Agustín Goytisolo (1928-1999)

POR JORGE CORNEJO POLAR

♦ En 1992, cuando se cumplían los primeros cien años del nacimiento de Vallejo, los actos conmemorativos fueron en el mundo entero muy numerosos. Uno de ellos, el organizado en El Escorial por la Universidad Complutense de Madrid. Consistió en un curso denominado "César Vallejo y la poesía contemporánea" dirigido por el notable crítico Luis Sainz de Medrano con la participación de un grupo de docentes e investigadores. Me correspondió dictar allí una lección sobre el tema del alimento en la poesía de Vallejo.

La programación del curso comprendía también lecturas y debates poéticos. Tal la razón de la presencia en El Escorial de José Agustín Goytisolo. Era la primera vez que lo veía aunque había leído por cierto algo de su obra y sabía de su pertenencia al lado de Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral a la primera fila del llamado "grupo de Barcelona". No obstante, por esas afinidades o simpatías que se establecen de pronto entre dos personas, se dio entre nosotros un diálogo fluido que devino instantáneamente en buena amistad. Había publicado yo poco tiempo

antes, mi *Estudio y antología de la poesía en Arequipa en el siglo XX* que no demoré en entregarle. Y acá viene lo mejor de la anécdota: apasionado por la poesía, por toda poesía, José Agustín leyó en una sola noche la antología de la primera a la última página. Y no era una exageración cordial porque me citó a la mañana siguiente textos, versos y autores. Entre varios le había impresionado de manera especial Aníbal Portocarrero, el recoleto gran poeta arequipeño que teniendo vasta e importante obra ha publicado poco. Pero ese es otro tema sobre el que debo volver pronto.

José Agustín quedó también inquieto por el hecho de que del primer poeta arequipeño, elogiado por Cervantes en el Canto a Calíope de *La Galatea*, Diego Martínez de Ribera, no se conociera un solo texto. Y de inmediato, con la vehemencia y el entusiasmo que lo distinguían, comenzó a idear una serie de métodos tan imaginativos y bien intencionados como impracticables para encontrar poemas de Martínez. Seguimos escribiéndonos y en una carta de febrero del 93, decía: "Te juro que encintara obras de Diego Martínez de Ribera... a lo menos tres so-

netos". Más adelante, convencido de las dificultades, quiso saber cuanto fuera posible del poeta de Arequipa y de poesía colonial peruana, para sobre esta base escribir poemas que pudieran corresponder a Martínez. No podía soportar la idea de que el iniciador de la poesía arequipeña no tuviera poemas conocidos. Su arrebato era tal que a guisa de ensayo me envió un soneto "auténticamente apócrifo", advertía, que terminaba:

*¡Oh hermanos del oasis! En el mundo
 no hay primavera más eterna que ésta,
 andinos son y fueron mis amores,
 aires de altura libre, mis cadenas
 y Arequipa será siempre una fiesta.*

La verídica historia que acabo de referir pinta de cuerpo entero a José Agustín. Su exuberante personalidad, su entusiasmo desbordante, su amor sin medida por la poesía, su interés en Latinoamérica. En otra carta revela "estoy loco por esa enorme tierra llamada Iberoamérica... por ella me alboroto, me dejo conquistar por lo que otros dicen que conquistaron".

En 1994 lo invité al Encuen-

tro con la Poesía Hispanoamericana de la Universidad de Lima (hubiese sido su segunda visita a Lima, había estado antes hacia fines de los sesenta según me dijo). Lamentó muchísimo no venir, pero por esos meses daba inicio a uno de sus grandes proyectos: el ciclo de recitales que bajo el título *La voz y la palabra* presentó con gran éxito en España y otros países, en compañía del cantante Paco Ibáñez. La comunicación directa se hizo menos frecuente después, pero la amistad se mantuvo y nos enviábamos recados con amigos que venían o iban, en los que naturalmente era inevitable la mención al inasible Martínez.

Y así hasta ahora en que la noticia de su muerte (suicidio, ¿accidente? - *El País* no se pronuncia) me golpea directamente en el lado más sensible del alma. Me resisto a creer que una persona que amaba tanto a la vida como Goytisolo se haya suicidado. Hace menos de dos años, en abril de 1997, le escribía al crítico colombiano Hernando Valencia Goelkel: "Hemos tenido buena suerte viviendo, yo cumplo el próximo 13 de abril 69 años... Y no pasa nada como no sea que, como el buen vino, mejoramos con el tiempo". Sin embargo, el

poeta ha muerto. La imagen de su cuerpo tendido en una calle barcelonesa ~~se ha grabado~~, dice, dramáticamente, todo.

Deliberadamente no he hablado de la vasta obra de José Agustín, de su fe profunda en la poesía como comunicación, de su condición de poeta de la crítica y del sentimiento, de su situación de uno de los poetas más populares de España, como apunta *El País*. He elegido en esta circunstancia recordar más bien al amigo, al hombre, aunque es probable que no hubiese gustado mi opción. Solía decir en efecto: "Prefiero que recuerden algunos de mis versos y que olviden mi nombre. Los poemas son mi orgullo". Alguna vez he de escribir por cierto sobre su poesía. Termino ahora imaginando que en el más allá José Agustín ha encontrado a Diego Martínez de Ribera, habrá saciado su curiosidad y le habrá confesado que en el colmo de la buena intención poética le había inventado un soneto. Y estaba dispuesto a continuar haciéndolo para que no siguiera siendo un poeta sin poemas. De ese temple generoso, de esa calidad humana era el poeta José Agustín Goytisolo que en paz descansa.